

si doble que el de mugeres. El movimiento en el número de presos que entran y salen en la cárcel Nacional, se puede calcular en poco mas de diez y nueve mil hombres al año y la mitad de mugeres; generalmente hay veinte enfermos cada dia, siendo enviados á San Pablo los de afecciones graves.

LA CIUDADELA.

Acababa de hacerse la independencia y de establecerse el sistema republicano federal, cuando el gobierno de México hizo un gran pedido de armas á Europa, en 1825; para guardarlas, así como el parque, se reformó en la capital un local apropiado que tenia el nombre de la Ciudadela, edificio que estaba en despoblado, destinado para guardar las existencias de pólvora sin riesgo de la ciudad en caso de una explosion y al que se pudieran llevar presos políticos, siendo uno de ellos el patriota cura Morelos.

Allí estaban ya establecidos en 1829, los talleres de maestranza, haciéndose porcion de obras de carpintería y herrería; en los talleres de armería eran recompuestos los fusiles inútiles, se fundian las balas y se fabricaban piezas menores para armas blancas y de fuego, destinando la fábrica de pólvora de Santa Fé para la produccion de toda la que fuera necesaria para el consumo.

Durante algun tiempo se trató de restablecer en la capital, la fábrica de armas de chispa y blancas que existió aquí en la época del gobierno español; pero no se logró poner en planta el proyecto por faltar los recursos suficientes.

En el edificio conocido con el nombre de Ciudadela, han estado además de los talleres de la maestranza, los almacenes del parque general, que guardan las mas convenientes disposiciones; allí se colocan las municiones concluidas, empacadas y arpilladas, y se tienen con seguridad las piezas de batalla, montajes, carros y atalajes del parque general y tambien se han guardado las armas portátiles.

En las reposiciones y reformas que ha sufrido la Ciudadela se ha invertido el dinero en sumas cuantiosas. En ese edificio estuvo el laboratorio de municiones, pero temiendo algun suceso grave, ha sido trasladado, lo mismo que el de la pólvora, á "Casa-mata," situada en las lomas del Molino del Rey. En la Ciudadela está la fábrica nacional de armas, en la que se construyen cartuchos metálicos, usando de los aparatos nuevos adicionados con la maquinaria traida de los Estados-Unidos. Hay en la maestranza una máquina de vapor, que sustituyó á otra muy antigua que estaba en el establecimiento; con ella tornean, rayan, acepilan, asierran, taladran y hacen cuantas operaciones son necesarias. Existe un taller que se llama de herreros, construido desde 1854 y reedificado diez y nueve años despues, con gran número de fraguas y con todas las condiciones necesarias para aliviar el trabajo de los obreros. Constantemente se le hacen mejoras al edificio: ya almacenes nue-

vos, ya oficinas para talleres ó cuadras para tener listo cuanto sea necesario para pertrechos y movimiento del ejército.

De la Ciudadela han salido las piezas de artillería y los efectos de guerra para batir á los revolucionarios. La fábrica de armas no pasa de ser un taller de reparaciones en el que se reconstruyen armas blancas, se trasforman las carabinas y fusiles, usando los cañones de éstos de una manera conveniente; allí los obreros se ocupan principalmente, en la reparacion de las armas introducidas en los almacenes; en la revolucion acaecida el 1.º de Octubre de 1871 se perdieron mil quinientas de esas armas y en consecuencia dispuso el gobierno que ya no continuara el depósito de ellas en la Ciudadela, sino en una sala de Palacio.

La historia de la Ciudadela podria llamarse mas bien la de los pronunciamientos en México. Es importante para el pueblo el estudio filosófico de sus trastornos y revoluciones, porque con él se conocen las necesidades y tendencias nacionales.

Excepto los pronunciamientos en favor de la independencia, por y contra Iturbide y los pocos planes proclamados fuera de la capital, en todos los demás hizo la Ciudadela un célebre papel, mucho mas notable que el cuartel de los Gallos y el ex-convento de Betlemitas en que proclamó el Gral. Lobato la expulsion de los españoles; ni Otumba en donde pidió el coronel Montaña el exterminio de las sociedades masónicas y el destierro del ministro norte-americano Poinsett; ni Jalapa y Veracruz con sus memorables planes, acusando al Ministerio de centralizador, desconociendo la eleccion en favor de Pedraza y pidiendo que se estableciera la Regeneracion, ni la ex-Acordada fueron tan célebres en el género de pronunciamientos, como la famosa Ciudadela, al lado de la cual son insignificantes Morelia con su plan de Escalada, Cuernavaca con sus planes de Religion y fueros, Zacatecas pronunciándose por la soberanía de los Estados; Toluca y Orizava con sus planes de libre emision de votos en favor de un cambio de sistema ó Arizpe y Oaxaca queriendo las reformas á la Constitucion.

En la Ciudadela se reunieron en 1840 los Grales. Gabriel Valencia, Juan N. Almonte y Antonio Mosso para arreglar la manera de salvar al Presidente Bustamante de las manos de los pronunciados. Desde la Ciudadela estuvieron dando las disposiciones necesarias y arreglando las columnas de ataque sobre el Palacio, donde estaba prisionero el Presidente, á consecuencia de la sorpresa que acaudilló el jefe D. José Urrea, quien entregó armas al populacho y ocupó las alturas de Catedral y otros edificios del centro, proclamando el sistema federal. Los sublevados no hicieron caso de la intimacion para que se rindieran y hubo sangrientos combates hasta que, comprendiendo los pronunciados su debilidad, se sometieron despues de haber corrido mucha sangre de individuos que, á manera de autómatas, se habian sacrificado á las miras ambiciosas de algunos revolucionarios. La generosa intervencion del Señor Arzobispo Posada contribuyó al desenlace de esta contienda civil, contrariada por el núcleo de militares reunidos en la Ciudadela, célebre edificio tambien porque estuvieron algunos presos distinguidos, entre ellos el ministro de Francia, Alleye de Ciprey, por algunos dias, á consecuencia de los sucesos del baño de las Delicias.

En 1841 proclamó en la Ciudadela el Gral. Gabriel Valencia un plan sobre modificaciones hacendarias; la sublevacion fué el 31 de Agosto; reformó el plan que en Guadalajara habia expedido el Gral. Paredes y llamó Regeneradora á la revolucion que acaudillaba. La ciudad sufrió mucho en esa vez; desde aquella fortaleza arrojaron los pronunciados algunas bombas que causaron grandes estragos y los beligerantes se hostilizaron bárbaramente, con menosprecio del vecindario pacífico. Una de las granadas arrojadas de la Ciudadela fué á chocar en la esquina de las calles de Tlapaleros y la Monterilla, rompiendo, al estallar, la pierna izquierda de D. Hipólito Thivol, redactor del «*Courrier des deux mondes.*»

Los baluartes de la Ciudadela, con anchos fosos, son inútiles para defender la capital y á lo mas han servido para sujetarla en algunas revoluciones. Es el fuerte de un orden muy inferior, no está unido á ninguna otra fortaleza y se halla situado en punto desventajoso, sirviendo solamente para los almacenes de municiones, que á veces se agotaban en los motines ó para reducir al orden á los sublevados.

En aquella ocasion quisieron los ministros de Bustamante tomar algunas medidas para cortar el mal, pero nada consiguieron; fué excitado el poder Conservador á que declarara ser voluntad de la Nacion el que se convocara un congreso con amplias facultades para reformar la Constitucion; el Gral. Bustamante tomó el mando de las fuerzas que hacian frente á los de la Ciudadela; las cámaras protestaron no volver á reunirse hasta que se restableciera la tranquilidad pública y el Presidente concluyó algunos contratos ruinosos para conseguir recursos.

Como medio para salvarse proclamaron los sostenedores del gobierno la Federacion, durante un armisticio de tres dias, paso ya inoportuno que contribuyó á acelerar la ruina del gobierno de Bustamante. Santa-Anna se adhirió al plan de Regeneracion nacido en la Ciudadela y reuniéndose en Tacubaya con los Grales. Valencia y Paredes, acordaron las famosas bases de Tacubaya, por las cuales cesaban, por voluntad de la Nacion, los poderes emanados de la Constitucion de 1836 y se habia de reunir otro congreso para formar una nueva. Se resolvió que se estableciera un dictador con facultades extraordinarias designado por una junta con dos representantes por cada departamento.

El triunfo de esa revolucion cimentó para siempre la fama de la Ciudadela, siendo el primer punto al que los motinistas dirigian sus miradas. Se la puso en completo estado de defensa, cuando estalló la revolucion de 1844, contra el dictador Santa-Anna, cuyas tropas pretendieron sitiar la capital. En la revolucion de 1845, cuando el Presidente Herrera fué preso por el Gral. Rangel, se organizó en la Ciudadela la columna de tropas que el Ministro de la Guerra D. Pedro García Conde, que accidentalmente escapó, preparaba para combatir á los sublevados.

Otro pronunciamiento notable en la Ciudadela, fué el acaecido en la madrugada del 4 de Agosto de 1846, proclamando el Gral. Salas con una parte de la guarnicion y la última brigada que debia salir para la frontera en defensa de Tóexas, el fa-

moso plan de Guadalajara, por el cual volvió el Gral. Santa-Anna al mando supremo y se convocó un congreso extraordinario que expidiera una Constitución.

En la Ciudadela se reunieron los jefes y oficiales de la guarnición y se aprobó el plan de Jalisco sin la parte correspondiente á los asuntos locales. El Gral. Bravo, que á la sazón ocupaba la presidencia, no pudo resistir el impulso de la fuerza armada y cedió después de sostenerse dos días en Palacio, entretenido en plática con los sublevados. Juguete la República del poder militar, había llegado al último peldaño de la anarquía; las rentas nacionales estaban hipotecadas, el territorio de la República invadido por el extranjero; el ejército de la frontera carecía de recursos, se retiraba con hambre y sed de las posiciones en que lo había batido el invasor, y la guerra de T́exas se había convertido en pretexto para los abusos y los motines.

La Ciudadela, ese pobre baluarte de paredes débiles, resguardado por trincheras de tierra, volvía á imponer á la República al Gral. Santa-Anna, sin que se disparara ni un tiro. El plan de la Ciudadela fué secundado por toda la Nación, entre el ruido y la algazara de los repiques á vuelo y las dianas que anunciaron el completo reinado de un gobierno militar. Después de ese pronunciamiento, vino en apariencia el régimen del sistema federal y en realidad la pérdida de la mitad del territorio mexicano, siendo el resultado de ese motin un nuevo elemento de discordia, segun expresó en un manifiesto el Gral. norte-americano Polk. Cuando se recibió la noticia de que Santa-Anna había desembarcado en Veracruz el 16 de Agosto (1846), en la Ciudadela fué celebrado el suceso con fuego graneado de fusilería y salvas de artillería. Aunque dijo Santa-Anna en esa vez que regiría la constitución de 1824, pudo mejor haber exclamado como otras veces: «la República soy yo.»

Volvió á representar su papel la Ciudadela en la revolución llamado de *manos muertas*, en 1847, cuando tantos acontecimientos extraños é imprevistos, arrastraban á México á su ruina, y el gobierno apenas tenía tiempo de dirigir una mirada á todo lo que le rodeaba; agotado el erario, relajados los vínculos sociales y gastados los resortes de la política, hallábase casi muerta la esperanza de dar ni un solo paso seguro en el camino peligroso á donde un encadenamiento extraño de males sucesivos, había conducido á la República. Cuando nuestro ejército mal provisto de víveres y abrigo caminaba para el norte, luchando con la intemperie y sin medios de transporte, padeciendo terriblemente en medio de un desierto en que falta hasta la leña, estalló en la capital el nuevo motin, que impidió aliviar las penalidades en la dolorosa retirada después de la batalla de la Angostura. El coronel Rangel, que ocupaba la Ciudadela, permaneció neutral; pero después de dos días de presenciar el escándalo tomó parte por el gobierno.

Después de los sucesos dolorosos acaecidos en el Valle de México, tras la derrota de Padierna y los gloriosos aunque infortunados hechos de Chapultepec, se concentraron en la Ciudadela las fuerzas mexicanas que habían quedado y hubo una junta de guerra, en la que estuvo el gobernador del Estado de México, D. Francisco

Olagübel; se trató allí de la desobediencia de unos y de la cobardía de otros, de la inmoralidad del ejército en general y de las causas de tantos males que habían ya dado por resultado la desorganización social; al ocuparse del soldado se trató del mal sistema de reemplazos, de la escasez que en sus pagos sufre el soldado, de la falta de alimentos y municiones para seguir sosteniendo la lucha, de las pocas piezas de artillería que quedaban y de que nada se podría hacer ya en la Ciudadela que, después de estas reflexiones, fué evacuada saliendo las tropas con las municiones para la Villa de Guadalupe, al mando del Gral. Lombardini.

La Ciudadela tomó parte en los sucesos del golpe de Estado que dió el Sr. Ceballos y en la aceptación del plan de Jalisco que trajo por última vez al poder al Gral. Santa-Anna.

Las fuerzas que al mando del Gral. Zuloaga proclamaron la caída de la Constitución en 11 de Enero de 1858, tomaron por punto de apoyo á esa famosa Ciudadela, desde la cual lanzaron columnas sobre los puntos ocupados por las pocas fuerzas constitucionalistas; de la Ciudadela se extendieron ocupando primeramente á San José y San Diego; desde esa fortaleza fueron arrojadas algunas granadas, una de las cuales cayó en la casa de D. José María Bocanegra, por cuyo motivo salieron muchas familias para los alrededores. Allí fué secundado el plan de Navidad, reconociendo por jefe al Gral. Ovando.

Otro de los motines notables acaecidos en la Ciudadela, fué el de 1.º de Octubre de 1871, promovido por una parte de los gendarmes acuartelados en la ex-Acordada y que al sublevarse ocuparon aquella fortaleza, se apoderaron de las armas y el parque, proclamando la caída del Presidente Juárez, quien dictó violentamente las disposiciones oportunas para sofocar el motin.

Á las dos y cuarto de la tarde se retiraba de su puesto, á paso veloz, la guardia del rastrillo en la Ciudadela, replegándose al cuartel perseguida por un grupo de infantería; la distancia de la puerta del rastrillo al cuartel es tan corta, que los que ocupaban la Ciudadela no pudieron tomar la defensiva, ni cerrar la puerta sumamente pesada y que se arrastraba. En esa puerta del cuartel hicieron los agresores una descarga y se introdujeron calando bayoneta al mando del capitán Almendaris y de un individuo apellidado Carricarte. Apoderados del cuartel procedieron á colocar las piezas de batalla en batería, dejaron entrar considerable número de paisanos, trasladaron á la Ciudadela los presos de la cárcel de Belem y abocaron á la puerta del rastrillo un cañón. Fueron reducidos á prisión los oficiales que no quisieron adherirse al pronunciamiento. De la ex-Acordada habían ido los sublevados por la calle de Revillagigedo y plazuela del Rastrillo para caer sobre la guardia de este punto de improviso, de manera que cuando se apercibió el acontecimiento el enemigo era dueño del cuartel y de los almacenes de parque y armas que allí existían.

Desde luego el Gral. A. García, designado para jefe de las fuerzas del gobierno, organizó una columna compuesta del batallón de Zapadores y primero de infantería á las órdenes del Gral. Sóstenes Rocha y la reserva estuvo al mando del Gral.

Francisco Loeza. Otra división organizada en el interior del Palacio quedó á las órdenes del Gral. Ignacio R. Alatorre. Á las cuatro de la tarde se rompieron los fuegos entre los beligerantes, mostrando decision los que ocupaban la Ciudadela. Terminó la jornada con el asalto y ocupacion del punto por las tropas del gobierno, bajo los fuegos de artillería y fusilería de la Ciudadela, habiendo corrido grande peligro de una catástrofe, la capital, por la multitud de proyectiles huecos existentes en los almacenes de la fortaleza.

Los reconocimientos habian durado hasta las seis de la tarde, entretanto se concluía la construccion de puentes volantes para salvar la acequia que forma anchos fosos en la Ciudadela; todos los puentes habian de quedar terminados á las once de la noche, y se fijó el asalto para despues de las doce; pero á las diez tomaron la ofensiva los de la Ciudadela, con una fuerza de trescientos hombres y una pieza que perdieron al ser rechazados: entónces les fué quitada la puerta de avanzada y ya no hubo necesidad de emplear los puentes, sino que avanzando á paso veloz el primer batallon de línea y Zapadores, se dió el asalto, al toque respectivo sostenido por las bandas; el ataque fué rudo y la defensa tenaz, sosteniéndola mas de setecientos sublevados con seis piezas de batalla, de manera que á la media hora estaba el campo cubierto de muertos y heridos, sin que ninguno de los beligerantes diera un paso atrás, apoyando eficazmente á los de la Ciudadela los presos sacados de la cárcel de Belem, colocados en la azotea. Al fin, reforzados los asaltantes y al grito de ¡adelante! se lanzó toda la fuerza hasta las puertas del edificio, los que lo defendian huyeron en desórden, pero en el interior aun combatieron muchos de los sublevados y en las azoteas hubo sangrienta lucha, quedando al fin victoriosas las tropas del gobierno; fué de notar que los reos extraidos de la cárcel, sostuvieron el fuego con mas resolucion. En seguida hubo porcion de fusilados de los revoltosos que pertenecieron al cuerpo de gendarmes y de otros. Aparecieron muertos diez oficiales, tres paisanos, ciento sesenta y siete soldados y solamente setenta heridos, quedando trescientos cuarenta y cinco prisioneros.

Cerca de la Ciudadela está el barrio que se llama Nuevo-México, formado por una colonia francesa en los terrenos que se conocian con el nombre de Lailson, al costado del edificio que se llamó cárcel de la ex-Acordada. Parte del terreno que perteneció á la Ciudadela es ocupado hoy por una de las estaciones del ferrocarril Nacional Mexicano, viniendo á quedar así ya completamente inútil esa posicion que ántes sirviera solamente para apoyar motines.

La Calle del Sapo.—Horroroso Incendio del Viérnes Santo.

No léjos del antiguo colegio de San Miguel de Belem, se formó la colonia extranjera que puso el nombre de Nuevo-México á esa parte de la ciudad; allí esta-

blecieron carrocerías, carpinterías, panaderías y otra porcion de industrias que dieron mucho ser á aquel rumbo, preferido por extranjeros de diversas nacionalidades. Uno de ellos fué D. Hugo Wilson, que situó su carrocería en la calle del Sapo, inmediata á la de Nuevo-México.

El Viérnes Santo, 29 de Marzo de 1850, presenció la ciudad de México el mayor incendio que aquí se haya verificado. Alarmado todo el vecindario con la noticia del cruel asesinato cometido la noche anterior en la persona del diputado D. Juan de Dios Cañedo, único crimen que hasta entónces hubiera violado la respetabilidad del Juéves Santo, se alarmó más por el imponente aspecto del huracan que despues de medio siglo volvia á visitar el Valle de México. Aterrorizaba el aspecto del cielo y el silencio de la ciudad, los carruajes estaban ausentes, las campanas calladas, las calles solitarias y la luz del sol aparecia amarillenta y eclipsada por la inmensa nube de polvo que levantaba el huracan, cuya rugiente voz llevaba el terror aun á los corazones varoniles.

Á los tres cuartos para la una del dia, creció la alarma, las campanas de las iglesias de San Juan y San José tocaban á incendio, á fuego; sucesos tan inesperado aumentó el cuadro de consternacion y de horror. La carrocería de Wilson era presa de las llamas, á causa del descuido de los trabajadores que no apagaron bien algunos restos de carbon ó de astillas encendidos; el huracan los levantó de pronto y los arrojó á un tejado inmediato, hácia el Oriente, donde creció el fuego con extraordinaria rapidez por haberse comunicado con una bodega en que habia aguarraz, barnices y aceites. De allí invadió otra casa entresolada y retrocedió por la fuerza del viento, envolviendo la carrocería, y sin permitir que se salvara nada.

Los tejamaniles y el heno encendidos eran arrojados desde la calle del Sapo á grandes distancias, comunicando el fuego á la herrería francesa situada frente al teatro de Nuevo-México, y pasó al interior de la carrocería de Desmond, que fué toda consumida, así como las casas y jacales adyacentes, y las del callejon de Tarasquillo; algunos caballos de la carrocería salieron desbocados por las calles, perecieron cincuenta y seis en medio de las llamas y fueron reducidos á cenizas cuarenta y dos carruajes.

Las campanas de las Brígiditas, Sta. Isabel y San Francisco se dejaron oír de pronto; un pedazo de madera encendida salvando grande distancia, habia incendiado la carrocería de D. Antonio Irigoyen, situada en la pequeña manzana entre Sta. Isabel y la Mariscalá; el incendio se comunicó á las casas cercanas, de suerte que á las cuatro de la tarde la manzana no presentaba mas que paredes ennegrecidas; el fuego se habia podido contener en el baratillo viejo, en la plazuela de Villamil, en varios lugares de la calle de San Lorenzo y en la panadería de la de San Andrés, cuyos puntos comenzaban á arder, pues como el huracan aumentaba su impulso de una manera extraordinaria, en todas direcciones llevaba maderos encendidos.

El desórden de esa tarde fué muy grande: familias enteras dejaban abandonadas sus casas en busca de lugar seguro, el continuado toque de las campanas, el tropel